

## Capítulo XIII

## Culto y devoción á la Santa Imagen

**Q**UANTO menos que imposible es describir el entusiasmo culto y la acendrada devoción de los naturales á la Santa Imagen de Guadalupe de México. ¿Cómo podrá describirse lo que no cabe en los corazones de los pueblos? Su amor está entrañado en el más hondo de sus senos y derrama por los ojos siempre que los abren delante de la hermosísima efigie, y así, éstos vienen á ser los únicos jueces capaces de sentenciar en la causa.

Queremos decir que es necesario ver por uno mismo el Santuario, el Templo, sus adornos, sus alhajas, sus preseas, para poderse dar cuenta, por esas señales exteriores, de la calurosa devoción que ha encendido la Santísima Virgen dentro de esos naturales tan dichosos con su posesión.

Ni aun el transcurso de los siglos ha podido enfriar esa devoción que parece fundada sobre piedra firme y

cimientos eternos, tan eternos como lo será la celestial pintura.

Ello es que se recrean en este Santuario como en un pedazo de cielo, asilo de sus trabajos, trono y solio de las misericordias y beneficios de su Santísima Madre.

¿A dónde está el indio que no conserve como un tesoro la devoción de sus mayores á Nuestra Señora y no la invoque con los dulcísimos epítetos de Madre y Señora?

¿Cuál hay que cierre la carrera de su vida sin venir desde lejanas tierras á visitarla en su Santuario, trayéndole los dones que sus fuerzas les consienten?

Todas las ciudades y lugares envían sus habitantes á Guadalupe, y todos los caminos hormiguean con los que van allí á ofrecer sus votos.

Reina entre ellos una santa emulación sobre quién ha de dar á la Santísima Virgen mayores signos de amor y respeto.

Que los acechen al entrar y salir del templo guadalupano, y sobre todo al estar arrodillados en presencia de la Santa Imagen, y verán como todos ellos se deshacen en lágrimas, y, no contentos con orar y adorar interiormente á la Santa Imagen, rompen en coloquios que perciben los oídos de los espectadores, elevando sus plegarias al trono del Altísimo, que con sus lágrimas son allí colocadas, como nos dice David que hacía Dios con las suyas.

Indio ha habido que ha exhalado el espíritu al pié del altar de la Santísima Virgen, con el ansia de verla en los cielos, según refiere el Padre Florencia.

Tan excesiva llegó á ser la afluencia de los indios que á la fiesta de la Virgen acudían, que fué necesario anti-

ciparla para ellos, señalándoles la última dominica de Pentecostés ó quinta de Noviembre, á fin de poder celebrar con algún desahogo la del 12 de Diciembre.

Concedióseles á los indios ocho días para que celebrasen la fiesta á su modo y entera satisfacción. De orden del Soberano español se les entregaba la iglesia, haciéndolos dueños de ella para que festejasen á la Virgen con sus oraciones, reverencias, danzas y luminarias á su manera y voluntad, siempre que fuese ajena de superstición. En esos días cesaba el coro de la Real Colegiata y el rezo público de las horas canónicas, con el cual cumplían los prebendados en sus casas, anteponiendo á la pompa del oficio eclesiástico el culto sencillo de los indios, teniendo á éste por un obsequio más aceptable á su amorosa Madre que el suyo propio.

¿Puede llevarse á mayor altura la consideración y condescendencia que se tenía con los naturales?

Esa condescendencia nacía precisamente de la suma devoción de los indios, de la que no era justo defraudar á la Soberana Imagen.

En estos días de alegre fiesta de los indios, ¿qué cristiano podría acercarse al Santuario sin sentirse profundamente conmovido y edificado al ver hasta qué punto llega la devoción de los naturales?

Y esa muchedumbre acampa á cielo descubierto sin preocuparse de nada que no sea su entusiasta fervor religioso, y regresa á sus hogares contenta y regocijada de haber contemplado el hermoso rostro de la Señora, sin pensar en las fatigas de un largo viaje ni en las privaciones que su pobreza pueda imponerles.

¿En qué parte del cristianismo hay devoción que exceda á esta devoción?

Es verdad que á ninguna otra nación ha hecho María Santísima favor igual á la nación mexicana como lo canta la Iglesia en su oficio: «*Non fecit taliter omni Nationi.*» Pero también es menester reflexionar que la nación no es ingrata, y que á sus expensas ha podido verificarse el vaticinio que la Virgen María hizo en su cántico de que la habían de alabar, bendecir y predicar bienaventurada todas las generaciones.

Con el tiempo menguó y casi se perdieron aquella solemnidad y aparato ostentoso de bailes y *mitotes* con que en época pasada celebraban los indios esta festividad, representándose en ella las guerras de los mexicanos con las chichimecas, y la de los españoles con los mexicanos. En aquellos días, vestíanse con trajes y ricas galas de plumería y *quetzales*, delicadas mantas de algodón, *cactlescopiles*, *macanas*, rodelas y demás divisas propias de cada nación indiana.

Con la supresión de aquella costumbre, menguaron, en cambio, los desórdenes y los abusos.

Quedó, sin embargo, algo de aquellos días, y en el presbiterio se celebraban, por parejas de indios, graciosas y honestas danzas en extremo vistosas.

Con motivo de la construcción del convento de Capuchinos que se apoya en un costado del Santuario se cuartearon algunas bóvedas del templo de la Santa Imagen y fué necesario sacarla de él para proceder á las reparaciones.

Los indios se afligieron extraordinariamente viendo á su Madre y Señora fuera de su casa propia, y habitando una prestada, pues se la trasladó á la pequeña iglesia del convento de Capuchinos, y fué necesario tomar toda clase de precauciones que tendiesen

á hacer con la mayor presteza posible las obras indispensables.

Todos los cabildos eclesiásticos concurrieron á la reedificación, como obra de interés común, y el de Puebla contribuyó con veintiseis mil pesos.

Buena prueba de la devoción que siempre ha inspirado la Imagen Guadalupana es el sinnúmero de altares, templos y cofradías que se han fundado por todas partes para honrar su nombre y ensalzar su culto.

En la iglesia del convento de Tlatelolco existió un gran altar, dedicado á la Virgen de Guadalupe, que era propiedad de los indios cantores.

En la iglesia del convento franciscano habíasela erigido otro precioso altar, y la imagen que en él se colocó fué debida al diestro pincel de Baltasar de Chaves: allí mismo se fundó en 1675 una archi-cofradía que fué la primera que hubo con el título de Guadalupe.

En la iglesia del pueblo de Cuautitlan, patria del venturoso Juan Diego, se fundó desde los primeros tiempos de la Aparición una hermandad de indias doncellas, consagradas al culto y devoción de la Virgen de Guadalupe.

En la Santa Iglesia Catedral de México, en donde, cuando era soló la mayor, se erigió el primer altar público á la Santa Imagen, por disposición del venerable obispo Zumárraga, porque allí le depositó para que el pueblo la adorase, le está dedicada una suntuosa capilla que adornó con retablo muy rico y hermoso el Dr. Bernardo de Quesada, cura del Sagrario, dotándola convenientemente.

En la iglesia catedral de Puebla, el arcediano Dr. D. Mateo de Arteaga costeó un hermosísimo altar con su sagrario de plata y una lámpara de lo mismo y de exquisita

hechura, en la capilla especial dedicada á la Virgen Guadalupana. (De esa capilla fué patrono el Dr. D. Francisco Javier Conde y Oquendo, autor de la obra que extractamos.)

Colocó en la Catedral poblana la bellísima pintura que representa á Nuestra Señora, el canónigo D. Juan García Palacios, que murió Obispo de Cuba: hizole un retablo, la dotó de varios modos y dió á luz á sus expensas la bien escrita relación que hizo de la Aparición el P. Mateos de la Cruz, cuya relación tiene el P. Florencia, por la *más bella de cuantas habían salido hasta entonces*.

En la ciudad de Oaxaca, no sólo hay altar, sino una iglesia extramuros, que fabricó su obispo D. Alonso de Cuevas y Avalos, que murió en México, electo Arzobispo. Pintó la imagen á dicha iglesia destinada, un indio famoso en retratos, y sucedió con ella, no sólo el prodigio de que se abrasase el velo que la cubría, sin dañar ni en lo más mínimo la pintura, sino el portento de que con las cenizas, desleidas en agua, sanó repentinamente Crescencio Quintero de una grave enfermedad, cuyos dos milagros declaró y aprobó, en forma conciliar, el obispo diocesano D. Fray Tomás de Monteroso, según dice el Padre Florencia.

En el colegio de San Pedro y San Pablo, de México, había también un suntuoso altar erigido á la Virgen de Guadalupe: otro tanto diremos de los conventos de Santo Domingo y San Agustín, y en fin, como dice Florencia, más fácil sería contar los templos en donde no haya altar de la Señora, si hay alguno, que referir aquellos en donde existen y se la hace fiesta.

Dicho autor trae la minuciosa descripción del magnífico templo guadalupano, que con gasto de más de cien

mil pesos levantó en la ciudad de Querétaro el presbítero D. Juan Caballero y Osío, cuyo templo podía competir en esplendores con cualquiera otro sin excepción; á elogiar esos esplendores consagró su pluma el célebre D. Carlos de Sigüenza y Góngora.

## Capítulo XIV

## Nuevas demostraciones de culto y devoción

**D**ESDE los primeros tiempos de la Aparición hízose muy general la religiosa práctica de las novenas á la Santa Imagen, y para ellas trasladábanse los fieles al Santuario, donde fijaban casi su domicilio, lo menos por quince días. Preparaban allí su ánimo con ciertas meditaciones y comenzaban luego la novena, rigiéndose por libros especiales, formados al intento.

La primera novena de subido mérito de que tenemos noticia, fué compuesta y escrita por el Licenciado Miguel Sánchez y otra escribió después el P. Florencia, en la cual, siguiendo el orden de otras tantas apariciones de la Señora, entreteje los pasajes de la historia de la Santa Imagen con ciertas meditaciones diarias que instruyen é inflaman la devoción de una manera sólida y fructuosa.

La nombradía de la Santa Imagen y la circunstancia de hallarse su Santuario en el camino de entrada á Mé-

xico, contribuyeron á que se perpetuase la costumbre de detenerse en él los vireyes, para pedir á la Virgen luces convenientes para el mejor acierto en su gobierno.

Consta por la *Monarquía indiana* del P. Torquemada que D. Luis de Velasco, segundo de este nombre y octavo virey de Nueva España, antes de entrar en México el día 25 de Enero de 1586, hizo noche en Nuestra Señora de Guadalupe, «lugar en donde todos los vireyes paran »y donde les hacen algunas fiestas.» Lo propio sucedió con el virey siguiente, Conde de Monterey.

Lo mismo con el duodécimo, D. Francisco García Guerra, Arzobispo de México, por los años de 1611 «para cuyo recibimiento, dice Torquemada, salió S. E. de »la Ermita de Nuestra Señora de Guadalupe donde había estado antes en novenas.» Este Señor, siendo sólo arzobispo, había puesto la primera piedra del primer templo grande, el cual se iba labrando por su orden, como lo dice el Maestro de Cisneros, desde el año de 1609, fecha que consta en la lámina de plomo que se puso y encontró en los cimientos.

Entre los donativos que hicieron al Santuario los vireyes, debe contarse, en primer lugar el magnífico tabernáculo de plata, con peso de trescientos cincuenta marcos que regaló á la Imagen D. García Sarmiento Sotomayor, conde de Salvatierra, que ejerció el mando supremo desde 1642 hasta 1648.

D. Luis Enriquez de Guzmán, conde Albadeliste, su inmediato sucesor, fué el virey más señalado en los cultos á la Santa Imagen, pues no contento con extenderlos en la América Septentrional, fué á fomentarlos en la del Sur, cuando pasó á ella como virey del Perú. Al partir para su nuevo destino sacó una copia de la Virgen mexi-

cana, y con la salva real y la mayor pompa la embarcó en el puerto de Acapulco, y con la misma la trasladó en el Callao de Lima, á la nao capitana de la real armada que aprestó allí en 1658 contra los piratas de aquellas costas.

Sucedió á este virey D. Francisco Fernández de Córdova, duque de Alburquerque, el cual solemnizó el segundo día del novenario de dedicación del templo actual, haciendo lo propio con el octavo la duquesa, su esposa. Ambos consortes hicieron á la Imagen la promesa de una vidriera de una pieza para el marco de la Virgen, que la tenía en aquel tiempo compuesta de pedazos, por ser raros y muy costosos los cristales grandes.

El Excmo. Sr. Bailio D. Frey Antonio María Bucareli, informó al Rey en favor de la fundación de un convento de monjas capuchinas, contiguo á la Iglesia del Santuario; asimismo donó á la Señora dos *candiles ó arañas* de oro, y por fin se mandó enterrar á la entrada de la puerta derecha colateral de la dicha Iglesia, cuya sepultura se cubrió con una lamina de bronce, en que fué grabada en relieve una modesta inscripción y el escudo de sus armas.

El conde de Revillagigedo pidió al Rey, á tiempo de venir á la gobernación de México, que le mandase entregarle el bastón en el Santuario, con la idea de recibirlo como de mano de la Virgen, junto con la luz que necesitaba para el acierto en su gobierno, como sucedió, en efecto, pues su administración fué una de las mejores que tuvo la Nueva España.

El marqués de Bianciforte cobró tal devoción á la Imagen, que no dejó pasar ningún sábado sin ir á visitar en su Santuario, acompañado de su esposa, y en 1794

dispuso que se celebrase el día de la Aparición con triple salva real como en los días de los monarcas.

D. Marcos de Torres y rueda, Obispo de Yucatán y gobernador del Reino, mandó publicar á sus expensas la historia que escribió el Rdo. Miguel Sánchez, con lo cual hizo al Santuario un servicio inestimable.

En pocos meses que por el año 1662 gobernó como virey el Obispo de Puebla D. Diego Osorio de Escobar y Llamas, tuvo la gloria de ser el primero que en unión de ambos cabildos y comunidades regulares, hizo á la Santa Sede la postulación de Oficio y misa propia, para el día de la Aparición de Nuestra Señora.

D. Fray Payo de Rivera Enríquez, Arzobispo de México y virey desde 1673 hasta 1680, empleó gruesas sumas en la renovación de la Calzada de Guadalupe, á fin de facilitar la concurrencia de los fieles, é introdujo el agua á la plaza de la Villa.

D. Juan Ortega Montañés, Obispo de Michoacán, Arzobispo de México y virey en 1701, salió por toda la ciudad en una silla de manos, pidiendo limosna pública para la construcción del nuevo templo guadalupano. Hizo esta cuestación durante muchos días y así logró reunir fuertes cantidades.

Durante el gobierno del Arzobispo-virey D. Antonio de Vizarrón y Eguiarreta, se aprobó el patronato de la Señora en todo el reino de Nueva España, y ambos cabildos la eligieron y la juraron por tal patrona.

No menos entusiastas en la devoción á la Virgen fueron los Visitadores que en diferentes épocas enviaron los reyes á la Nueva España. D. Pedro de Gálvez llevó consigo una copia de la Santa Imagen, que colocó en una capilla de la Iglesia del colegio de D.<sup>a</sup> María de Aragón,

en Madrid: en 1662 reimprimió en la córte la historia de la Aparición, compendiada por el P. Mateo de la Cruz. Salió la nueva edición con una estampa que hizo abrir en lámina de cobre Fray Miguel de Aguirre, predicador de S. M., quien también llevó á España una copia del original guadalupano, colocándola en la capilla de Nuestra Señora de *Copacavana* del Perú, sita en el convento de Agustinos descalzos del *Prado* de la córte española.

Los padres franciscanos, no sólo fueron los primeros en rendir culto á la Imagen guadalupana, sino también los más entusiastas en promover su devoción. En 1740 repartieron por sus manos más de tres mil ejemplares del compendio de la historia de la Aparición á fin de que se difundiese la noticia del milagro y aumentase su devoción por todo el mundo.

Dos razones tuvieron para ello los franciscanos: fué la primera la de haber sido fraile menor el venerable Obispo Fray Juan de Zumárraga, á quien la Virgen se presentó en la *tilma* de Juan Diego; y la segunda, la de que la orden franciscana fué la que promovió y defendió el misterio de la Concepción Purísima de María, con cuyas imágenes tiene gran semejanza la guadalupana, por cuyo motivo se le ha llamado muchas veces la *Concepción Mexicana*.

D. Teobaldo Antonio de Rivera, en la historia guadalupana que publicó en Madrid, dijo que sólo allí tenía la Santa Virgen del Tepeyac tres capillas y ocho altares, hallándose colocadas sus imágenes en más de cincuenta iglesias.

Añade que se venera en Santiago de Galicia, Sevilla, Vizcaya, Cataluña, Alava, Guipuzcoa, La Rioja, Valladolid, Guadalajara, Salamanca, Alcalá y Cádiz.

Concluye con que se venera en Roma, en el convento de monjas de la Visitación, donde mandó colocar el Papa Benedicto XIV la pintura que llevó por presente á S. S. el P. Juan Francisco López de la Compañía, á nombre del reino de Nueva España, como su procurador, hecha á la perfección por el delicado pincel de D. Miguel Cabrera.

Venérase por último en otras partes de Italia, en Nápoles, en Austria, en Baviera, en Holanda, en Francia, en Bohemia, en Polonia y en Irlanda, habiendo en todas ellas copias de la Imagen.

Inmensa ha sido la circulación del famoso triduo dedicado á la Virgen: lo compuso un sacerdote mexicano, se tradujo al italiano en Roma, dedicado á las monjas de la Visitación, y volvió á trasladarse al castellano años después, hallándose el original romano archivado en la Secretaría de la Colegiata.

Verdaderamente que sin especial influjo del cielo, no habríase popularizado por todo el mundo la devoción de Santa María de Guadalupe, aparecida en el Nuevo Mundo. Pero ella misma pronosticó que todas generaciones la habían de proclamar por bienaventurada, y esto es lo que estamos viendo cumplido, de una manera admirable, con la Santa Imagen de Nuestra Señora de Guadalupe, que ha extendido su culto por todos los reinos cristianos, á la manera de aquel árbol de *terebinto* bajo el cual sepultó Jacob todos los ídolos de su familia.

Los principales falsos dioses que el paganismo adoraba en el cerro de *Tepeyacac* quedaron sepultados allí mismo con la Aparición de la Santa Imagen de María, consiguiendo para los indios las gracias de su conversión, y para todos cuantos con pura fe la invocan, el remedio de sus necesidades y el consuelo en sus infortunios y desgracias.

#### Capítulo XV

### Homenajes rendidos á la Imagen Guadalupana

**U**NA de las antiguas manifestaciones del culto entre los cristianos han sido las congregaciones ó cofradías instituídas en las iglesias, públicamente destinadas á la devoción de determinadas imágenes.

En las Américas esta cristiana práctica de las cofradías progresó de un modo extraordinario, y admira el gran número que de ellas cita el P. Betancourt en su *Teatro Mexicano*.

Asegura este autor que la primera archicofradía que se fundó en honor de Nuestra Señora de Guadalupe, la establecieron los franciscanos en su convento principal por el año de 1675, siendo después aprobada por el ordinario y confirmada por Inocencio XI, por su bula de 15 de Marzo de 1679.

No obstante, el P. Florencia supone que con mucha anterioridad existió otra cofradía aprobada por la auto-